

VI

El ángel implacable



a silla de extensión había sido desplegada en cubierta, en aquella cubierta acariciada por un viento templado que portaba en sus alas el reconfortante aunque áspero perfume del mar. Federico Lleras Acosta hizo a un lado el bastón de guayacán y se aprestó a tenderse, ayudado por sus hijas Elvira e Isabel, que lo asistían en el viaje. El cielo desplegaba ante sus ojos un azul sin límites, apenas moteado por dos o tres grandes nubes de un blanco acaso fastuoso, en parte ya deshilachadas. Un poco más allá, hacia el lado de proa, un grupo de turistas, hombres y mujeres en atavíos deportivos, chapurreaba un inglés impuro y grotesco, sin evitar ciertas infulas de gran mundo que a él sólo podían resultarle irrisorias. En términos generales, había evitado siempre todo trato con estas gentes que iban y venían en los trasatlánticos como si el planeta fuese una pista de patinaje que era preciso agobiar no sólo con la nerviosa movilidad, sino con la verborrea. Varias veces había surcado el Atlántico en ambos sentidos y se conocía de sobra la ralea que era posible topar en primera clase.

Se sintió cómodo y así lo manifestó a sus hijas. Mientras él

Fotografía Elsa Zambrano



se dedicaba, metido bajo dos cobertores, a la lectura, quería dejarlas en libertad para disfrutar algunas delicias del crucero. Elvira e Isabel se lo agradecieron con sendos besos. Alegrementemente se retiraron hacia la sala de juegos, en la que a esa hora —serían las diez de la mañana, según el tiempo cambiante de altamar— se practicaban algunos deportes de sala. El científico prosiguió la lectura que lo traía embebido desde la madrugada. En la proa, los turistas gárrulos de hacía un momento parecían haberse esfumado y, salvo dos oficiales que intercambiaban palabras en una lengua indescifrable, la cubierta era



Retrato de una mujer joven.
1485. Botticelli



Detalle de "Atenea y el Centauro" Botticelli, 1482

ahora un ámbito de propicia soledad. Abrió la revista inglesa —una de esas que se especializan en ciencias— y paseó la vista, otra vez, sobre aquel párrafo inspirador. Se revelaban allí los decisivos estudios que, con miras a una vacuna contra la fiebre amarilla, realizaba, en la Fundación Rockefeller de Nueva York, el médico sudafricano Max Theiler. Sin duda, se dijo, el progreso de la medicina aceleraba su marcha. ¡Qué de prodigios no podrían esperarse andando el siglo!

De repente, una fuerza misteriosa volvió a atraer su atención hacia el lado de proa. No, no era el escándalo de los turistas, sino algo que al

comienzo no percibió con claridad, pues sintió que su corazón se había puesto a galopar y amenazaba, pensó, con desbocarse. Parpadeó con lentitud y vio entonces lo que, antes de haberlo percibido, había atraído su atención. Se trataba de una mujer de talante nórdico, llena de una pausada majestad, con unos ojos azules que parecían lejanías, unos bucles rubios que brotaban del combado sombrero coronado por una gran pluma, una recta y suave nariz y labios de turbadora sensualidad. Vestía un conjunto blanco y vaporoso y sus antebrazos desaparecían bajo un cubremanos de chinchilla. Avanzaba hacia él y,

en la medida en que lo hacía, sentía su corazón apresurarse más y más. Se dijo



Detalle de "El nacimiento de Venus". Botticelli. 1484-86



Detalle de "La primavera", Botticelli. 1478-80

que era la aparición —esta palabra acudió en forma espontánea a su memoria— más hermosa de su vida. Se dijo que no podía creer que existiese, en el mundo material, mujer tan bella. Su corazón estuvo a punto de estallar en el momento en que ella, pasando con soltura ante la silla de extensión, le dirigió un guiño y luego una caída de ojos que conmovió, no ya su desvalido cuerpo, sino hasta la última fibra de su espíritu.

Sus instintos de marido fiel hicieron volar su pensamiento hacia Amalia Restrepo. ¿No la traicionaba con esta conmoción sin preceden-

tes? Siguió con los ojos a la mujer ya de espaldas, que ahora se le antojaba una suerte de Greta Garbo elevada a la enésima potencia. Y, entonces, vio el imposible. Del mar acababa de soplar una trémula piltrafa de bruma y la visión pareció fundirse con ella, diluyéndose en su vapor como si se desmaterializara. La revista cayó de sus manos. Volvió la vista y comprobó que la pareja de oficiales seguía parlamentando en lengua hermética. Sin duda, no habían reparado en aquella presencia perturbadora. A su sólida mente científica acudieron el asombro y la perplejidad. ¿Qué había visto de veras? ¿Se había tratado apenas de una ilusión óptica? Pero ¿no la había visto muy de carne y hueso, más real, muchísimo más real que él mismo, que su humanidad macilenta tumbada en una silla de extensión? ¿No había querido, asombrosamente, coquetearle? ¿No había sido en verdad la primera mujer que le coqueteaba en la vida? ¿Y la más bella de todas?

Su corazón se fue apaciguando poco a poco. A eso de la una de la tarde, cuando compartía la mesa del almuerzo con el capitán y con sus hijas, sintió una compulsión de averiguar por ella, pero prevaleció la prudencia. Dos días más tarde, el práctico los abordaba entre el cabo de Morgion y la isla de Rion. Llegaban a Francia. El metal silencioso de la noche dejaba brillar, a lo lejos, las luces de Marsella. En la cubierta, escoltado por Elvira e Isabel, Lleras Acosta las veía titilar, como una avecinamiento promisorio. El alba cubría la ciudad cuando dieron fondo en el puerto. Tras los trámites de aduana, que en ese entonces eran, para un oriundo de la América del Sur, muy sumarios, se trasladaron en un taxi hasta el Hotel Splendide, en el cual por telégrafo habían hecho reservaciones. Sus equipajes fueron subidos a una *suite* del último piso. La primera jornada del viaje acababa de concluir. Habría que tratar de disfrutar en lo posible, sin robar demasiado tiempo al reposo, las bellezas de este puerto mediterráneo, tan próximo a los lares de sus mayores. Luego vendría la jornada final hasta El Cairo. Lleras Acosta la intuía con desasosiego, pero aún más lo desasosegaba pensar en el largo regreso a Colombia.

Prefirieron reposar ese primer día y, a la mañana siguiente, se limitaron a pasear por la explanada del fuerte de Saint-Jean. Desde allí, al

avistar las blancas casas del barrio de los catalanes, alzado sobre un árido promontorio, el médico volvió a pensar en sus ancestros. En el paisaje y en el cielo claro, el invierno cedía y había un vivificante presentimiento de la primavera. Los días sucesivos los consagraron, siempre en cortas jornadas, a recorrer las avenidas de Meilhan, donde pululaban los restaurantes distinguidos por toldos a rayas rojas y blancas; o bien a beber un café en la calle del Grand Cours, frente a la fuente de las Medusas. En ello estaban, cuando Federico experimentó de nuevo aquel galope cardíaco, que de inmediato lo puso sobre aviso: la mujer del barco debía encontrarse en inmediaciones suyas. No sabía por qué asociaba este malestar con su radiante aparición: era como si la presencia, que debía ser aliciente, desbocara todo su organismo y lo sumiese en una especie de súbito precipicio.

En efecto, por una esquina de la izquierda había surgido la bella, vestida de modo idéntico a como la viera en el buque, con los antebrazos siempre perdiéndose en el cubremanos de chinchilla. Hubiera podido jurar que, al divisarlo, se encaminó hacia él, pero no bien estuvo lo bastante cerca, se limitó a desfilar frente al trío de personas, cual si deseara tomar el rumbo de la derecha. Cuando se halló a apenas ocho o diez pasos del médico, éste pudo ver cómo, de nuevo, le guiñaba uno de sus ojos para adoptar luego el gesto facial de una *vamp* del cine. Esta vez no pudo resistirlo. Su corazón pareció hundirse en un abismo y una tos convulsa contrajo con enorme dolor su cuerpo. Elvira e Isabel lo notaron y trataron de auxiliarlo. Pero Lleras Acosta se había precipitado al piso, con las manos en el pecho. Fue necesario el auxilio de los meseros. Le dieron a oler algunas sales, mas pronto vieron la necesidad de transportarlo al hotel.

El doctor Tardieu opinó que le había fallado el corazón y que precisaba reposo absoluto. Al saber que se trataba del hombre que parecía haber cultivado *in vitro* el bacilo de la lepra, declaró que se sentía honrado al conocerlo y le pidió no preocuparse: un reposo de dos semanas sería suficiente para que se repusiera. Recetó las drogas de rigor y puso muy de presente la necesidad de que fuese trasladado a un hospital. El enfermo protestó de raíz y se negó. Médico como era,